

El contexto

Colombia en el 2009

Las leyendas colombianas son el reflejo de una realidad compleja y difícil. Dan miedo porque integran bien y rápidamente una violencia social endémica. La guerrilla y los paramilitares desaparecen hoy a la gente como lo hacían antes los personajes legendarios. Sólo que la violencia de hoy en día los pierde para siempre, sin dejarles un espacio en la memoria. El río los engulle.

Las narraciones bañadas en sangre y crueldad, reflejan una situación política complicada, pero sobretodo permiten contar eso que no se ha podido decir de otra manera. Las historias que se alejan del sensacionalismo televisivo, permiten al campesino reforzar su posición en una situación que muchas veces lo sobrepasa. Así, una mujer valiente como Carmen (*Campo Hablado I: En lo escondido*) habla de las brujas en una sociedad dominada por el instinto de dominación del macho, en el que el marido se asemeja al diablo y prefigura ya al orden militar. Pero en toda leyenda existe siempre un orden y un equilibrio que salvan de la violencia. Todo depende de la fuerza de los seres fabulosos y del respeto que irradian a la gente que sabe de su existencia. Pero cuando la temeridad sobrepasa al miedo las leyendas pierden su función y se convierten en relatos de otros tiempos (*Campo Hablado II: Los abrazos del río*).

¿Cómo presentar a Colombia ?

Un país situado a la entrada de América del Sur que beneficia de una gran diversidad geográfica y, por consiguiente, de la coexistencia de diversas culturas regionales (cada una con un equilibrio diferente entre los elementos indios, africanos y españoles). El África negra está aún presente en las costas. Hacia el Océano Pacífico se encuentran la mayoría de las comunidades que escaparon de la esclavitud, protegidas por la densidad de la selva virgen. Las tribus indígenas, dispersas por todo el país, dominan sobre todo las regiones del sur de los Andes y del Amazonas. La gran mayoría de los colombianos son mestizos y viven en una mezcla real de las tres culturas.

Sin embargo hay un desprecio pronunciado por todo aquello que sea indígena y africano, raíz de la cultura popular. Un comportamiento heredado por la élite española y asumido totalmente por una burguesía sin identidad. Sin embargo este desprecio es poca cosa al lado del uso indiscriminado del poder, que busca preservar a cualquier precio una situación económica y social que beneficia solo a una pequeña capa de grandes propietarios rurales y urbanos.

La violencia colombiana es, en mi opinión, la consecuencia directa de tal actitud. Alrededor de ella, es posible identificar numerosos actores y comprender sus vínculos.

De un lado está la Guerrilla, construida en los años 50 a partir de una sublevación campesina que poco a poco se fue politizando. Esta Guerrilla se convirtió en una asociación que creó hoy en día su propia economía en regiones donde las condiciones climáticas permiten la cultura de las drogas en medio de una naturaleza espesa que sirve de protección. El discurso político de

este grupo está completamente disociado de sus prácticas de control y de confrontación actual.

Del otro lado están los Paramilitares, nacidos de la asociación de narcotraficantes con algunos políticos y propietarios rurales, con la complicidad de militares de alto rango. Una milicia campesina fue puesta a la orden de sus jefes “naturales”, para oponerse a la guerrilla y “sus amigos”. Estos dos grupos comenzaron a confrontarse de manera perversa. Incapaces de afrontarse directamente, desarrollaron una política de exterminio selectiva que incriminó a todo civil sospechoso de colaborar con uno u otro grupo. La situación de los campesinos, obligados a dar alojamiento y alimento a las tropas que pasaban por sus predios (cualquiera que fuera su bando), se volvió insoportable. Tuvieron que escoger un campo so pena de desaparecer. Con el tiempo, el desalojo de los campesinos se volvió una actividad rentable y los paramilitares se apropiaron por la fuerza de miles de pequeñas propiedades campesinas para consagrarlas a producciones extensivas. En poco tiempo, miles de campesinos fueron desplazados hacia las grandes ciudades, en donde viven sin muchas perspectivas (*Campo Hablado III: Noche Herida*)

ú

¿ Qué queda de su cultura e imaginario?

Un ejemplo simple y pequeño son los nombres que los campesinos, en algunas regiones, han dado a la Guerrilla y a los Paramilitares. Los primeros son llamados “los amigos”, denominación irónica que señala la antigua voluntad política de estar “con el pueblo”; los paramilitares son llamados “los muchachos”, jóvenes despreocupados que no tienen familia, ni mujer, capaces de hacer todo. Esta denominación crea ya un marco narrativo interesante.

La situación política es muy delicada. El hoy ex presidente Álvaro Uribe, desarrolló una política guerrera y agresiva que buscaba exterminar militarmente a “la guerrilla”. Contaba con el apoyo del ejército de los Estados Unidos, más presente que nunca en la historia de Colombia. De otro lado, a poco tiempo de su mandato, proclamó una política de armisticio que buscaba disolver los grupos paramilitares. De un momento a otro, miles de soldados rasos, entraron en formar parte de la vida civil sin ningún debate, sin incriminación por sus crímenes de lesa humanidad y sin ninguna implicación en el tráfico de drogas. Estos grupos entregaron sus armas sin que realmente se disolvieran. A pesar de que la rama judicial ha comenzado tímidamente a remontar su modus operandi, la lógica de poder paramilitar continúa presente, sosteniendo una economía que beneficia a pocos.

Estas políticas cuentan con el apoyo de 70% de los colombianos, según las encuestas oficiales. Sin ninguna coherencia, se define a sí misma como una política “de mano dura”, tan apreciada mundialmente. Con ella se pretende llegar a una paz futura.

Sólo que no parece pensada para durar largo tiempo.